

## Prólogo

### A veinte leguas del fuerte de San Juan de Ulúa

Si tú hubieras tenido quince años cuando juzgaron a los piratas, estas páginas nunca se habrían llenado de garabatos. Todos los pliegos estarían en blanco y tu alma, si es que acaso hay algo dentro de tu cuerpo, estaría friéndose en lo más profundo del infierno junto con las de Robert Barret y John Gilbert. En aquella ocasión corriste con suerte, con mucha suerte: la falta de pelos en la cara, la poca estatura y los huesos que claramente se marcaban en tu piel evitaron que los frailes te metieran al calabozo para torturarte y condenarte a la hoguera. Sólo porque parecías lo que no eras, ellos no te amarraron al potro para estirarte hasta que tus brazos y piernas se descoyuntaran. Según los dominicos, tú eras un niño, un inocente que aún podía salvar su alma. Alguien que había sufrido lo indecible y merecía su compasión. Sólo por eso no marchaste con tus compañeros por las calles rumbo al auto de fe, tampoco vestiste el sambenito amarillo con la cruz de san Andrés y nunca te plantaron un capirote. A ti, a diferencia de los

tuyos, no te escupieron en el camino a la Plaza de Santo Domingo, no te quemaron vivo, ni te condenaron a las galeras, donde los remos y los latigazos habrían apagado tu vida en unas cuantas semanas: te dejaron casi libre. Luego de varios meses los habitantes de la muy noble y leal capital del reino se acostumbraron a tu presencia. Más de uno te comenzó a nombrar *Bermejo* por tus pelos colorados y tu piel quemada por la sal. Es curioso, ése era el nombre que tu protector te había dado sin que opusieras resistencia. Para los novohispanos no representabas ningún peligro: eras un escuinle que mal hablaba la lengua de sus antepasados, un niño que por puritito miedo iba al templo varias veces al día y comulgaba cada vez que podía: el horror a las llamas de los inquisidores era mucho más grande que el miedo que le tenías a tu padre.

Pero aquí estás, varios años más tarde, sentado en la cubierta, haciendo memoria mientras el viento que amenaza chocolatero te acaricia con la arena que trae de la costa. La brisa huele a pasado, a los tiempos que tal vez podrías recordar. Aquí estás, mientras esperas a que ellos terminen de discutir: sabes que dudan de ti y eso siempre es peligroso. Si en unas horas no se levantan suficientes manos terminarás en la panza de los tiburones que siempre rondan por las costas de la Veracruz y San Juan de Ulúa. Por supuesto que también existe la posibilidad de que la suerte te haya abandonado, que se te haya acabado como las vidas a los gatos. Si esto te pasa, ellos no te darán la posibilidad de

morir de una sola dentellada: te condenarán al *maroon* y te abandonarán en el primer islote con una bota de agua salobre y una pistola para que escojas tu destino: un tiro en la cabeza o una muerte lenta que únicamente llegará cuando la lengua se te hinche lo suficiente para asfixiarte. Aunque también podría ocurrir el milagro de que una nao pasara cerca y te salvara en el último momento, pero esto casi nunca ha sucedido: los barcos siempre tardan y el sol nunca dilata.

Estás seguro de que ellos nunca creyeron que el consejo de ancianos te quitó de grumete para aceptarte en la cofradía después de sufrir meses de penurias; también estás cierto de que muchos no creen que navegaste con el Felipillo hasta que cayeron en manos de los españoles que los entregaron al Santo Oficio. Ellos dudan y discuten; mientras tanto, tú sólo puedes exprimírte la sesera para recordar...